

vergüenza profesional

FUIMOS testigos, en San Sebastián, de los Campeonatos del Mundo de Ciclismo de fondo en carretera, en los cuales España ha conquistado laureles muy apreciables.

Después del triunfo en la Vuelta del Porvenir, no ha podido extrañar demasiado el segundo puesto logrado en la prueba contra reloj por equipos de aficionados, ni la medalla de plata conquistada por Juan Manuel Lasa, un simpático muchacho de veinticuatro años, hijo de la región —su cuna es un acogedor caserío de Oyarzun—, en el Campeonato amateur individual.

Sin embargo, nadie esperaba que los españoles brillaran tanto y, sobre todo, pesaran tanto, en el Campeonato Mundial Profesional. Todos los técnicos extranjeros hablaban de Van Looy, de Anquetil, de Poulidor, de Marck, de Motta... Incluso se hablaba más de algunos ausentes —Gimondi, Adorni— que de las posibilidades de algunos participantes que no figuran, por gracia de la propaganda, en la rosa tradicional de los favoritos.

La realidad ha demostrado que en el ciclismo, como en cualquier otro deporte, el pronóstico es frágil. Y que no siempre los gigantes pueden con los enanos. Tal vez, porque el "super-as" es una máquina hipersensible, que quiere hacer la carrera a su gusto, no al ritmo que le imponen los demás, y desiste de cualquier esfuerzo cuando juzga éste completamente inútil. En definitiva, posee una máquina calculadora en lugar de un corazón.

Existe algo que se llama vergüenza profesional y que el deportista de hombría ha de respetar siempre. El caso de Alfredo di Stefano puede servir siempre de ejemplo. Se le podrán discutir muchas cosas, pero no su sentido de la responsabilidad para con sus obligaciones.

En San Sebastián, Anquetil, Poulidor y Van Looy, para mencionar tres nombres bien conocidos, hicieron deserción completa de sus deberes. Resulta fácil escudarse en la excusa de "un mal día", o en su malhumor por el marcaje a que fueron sometidos. Pero no puede aceptarse tal justificación. El mismo Van Looy, el año anterior, en Sallange, llevó todo el peso de la batalla, pese a ser atacado y tiroteado desde todos los ángulos del amplio frente adversario.

El fracaso del ciclismo francés y belga fue completo en Lasarte. Pero más que el fracaso, lo que debe escocer a sus aficionados, es el triste espectáculo ofrecido por sus favoritos. Poulidor y Anquetil desaparecieron, lejos de la línea de meta, para esconder lo que, más que retirada, era huida vergonzante. En cuanto a Van Looy, quedó anegado por la marea del anonimato.

Estos hombres que ganan millones, que poseen industrias y hasta castillos y cotos de caza particulares, deberían meditar un poco más sobre lo que valen y sobre lo que deben. No vamos a discutir su valor, pero éste siempre está en función del respeto que deben a un público que paga atraído por un prestigio y por un renombre que luego resultan vacíos e invisibles.

En contraste con ese lamentable proceder, indigno de un deportista e inconcebible en un campeón, hay que destacar la soberbia actuación de Rudi Altig y de Tom Simpson, y la brava actuación de los españoles (sólo Pérez Francés y Otáño se mostraron por bajo de lo que de ellos se esperaba), que, cogiendo al toro por los cuernos, desataron la batalla desde el primer momento, facilitando así un espectáculo deportivo de la más alta calidad y emoción.

Cierto que no ganaron. Pero en deporte no se trata sólo de ganar, sino de cumplir. Y Gabica, Gómez del Moral —que hizo honor a su título de campeón nacional—, Elorza, Manzaneque, Uriona y Ginés García cumplieron como los buenos. Dieron todo un curso de vergüenza profesional, algo muy sencillo pero no siempre tan comprensible para esos fenomenos engreídos, que anteponen su vanidad y un orgullo mal entendido a cualquier otra consideración.

No ganó un español. Pero cinco se colocaron entre los diecisiete primeros, lo que constituye un hecho sin precedentes en la historia del Campeonato. Y eso es algo que satisface plenamente. ¿Habrá que hacer comparaciones, no cualitativas sino cuantitativas?

España posee 5.000 licencias, contra 60.000 Francia, Italia y Bélgica, y 100.000 la Unión Soviética. No podemos enorgullecernos de tan baja densidad, pero al mismo tiempo es evidente que un trabajo ordenado e inteligente constituye un buen camino para que aumentando la cantidad de practicantes, mejore su calidad. El "milagro español" dejará así de serlo un poco.

No hay milagro deportivo que no vaya acompañado del machacar resonero de cada día. En el Campeonato Mundial de Ciclismo de San Sebastián se ha demostrado, una vez más, que sólo así se puede ir hacia adelante.

J. J. CASTILLO



INSTALE
**SI
LEN
CIO**
CON

termotex
LOSETA TERMO-ACUSTICA

INFORMACION RAPIDA Tel. 222 82 37
Aptdo. 1194 - MADRID

DISTRIBUCION **TAFISA**
SERVICIO EN TODA ESPAÑA

